



La escritora y periodista Lydia Cacho, autora de 'Un halcón bajo mi ventana'. F.P.

«La oportunidad de reconstruir lo derruido me da esperanza»

Lydia Cacho Escritora y periodista

La mexicana presenta hoy su novela 'Un halcón bajo mi ventana', muy conectada con Granada y donde retrata los años 60 y 70 de su país

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ
Granada

La periodista y escritora mexicana Lydia Cacho (1963) tiene una dura historia personal detrás. Pero también un profundo amor a su país de origen, a pesar de haber tenido que elegir España para vivir. Su valentía y arrojo en el desempeño de su profesión le han valido multitud de reconocimientos internacionales. Hoy a las 18.30 horas presenta en la Biblio-

teca de Andalucía, en el marco de la programación del Centro Andaluz de las Letras, su más reciente novela 'Un halcón bajo mi ventana' (Lumen). Estará acompañada por el poeta y profesor Gerardo Rodríguez Salas.

—La novela relata un periodo al que parecemos estar volviendo, donde los gobiernos quieren controlarlo todo, vidas y haciendas.

—Creo que definitivamente hemos avanzado hacia una era de los derechos humanos y civiles que siguen vigentes, pero en cierta medida, estamos viviendo un «latigazo boomerang» que ya esperábamos los periodistas y expertos en derechos humanos, relacionado con los macropodres de diferentes estados.

—El libro es una declaración de amor a su país.

—Honestamente, sí. He reflexionado mucho sobre el patriotismo. Hay dos

tipos de personas: los patriotas que se deben a su bandera y quienes amamos a nuestro país y nos debemos a la sociedad. Yo soy de las segundas.

—En México, las conquistas por la igualdad se han conseguido palmo a palmo. ¿Ha sido la constante el resistir para vencer?

—Sí, pero no solo ha habido resistencia, sino una estrategia. El avance de los derechos por la igualdad comenzó de la mano de miles de mujeres, pero también ha sido acompañado por hombres en diferentes ámbitos. Ha sido un proceso estratégico, político, social, humano y de amor para avanzar en estas grandes batallas históricas.

—Narrar en presente como si fuera un diario, además de fresca, ¿qué le aporta a la novela?

—Inicialmente pensé en dos miradas: la primera persona de Julieta, la niña

protagonista, y una tercera persona mirando a Clara. Sin embargo, el personaje de Julieta se apropió de la narrativa. Al narrar desde la voz de una niña, logramos que la perspectiva del asombro permanezca a lo largo de toda la historia, incluso en los momentos duros. Es esa transición de la adolescencia donde la inocencia se convierte en mirada social y política. Esa voz la hace más cercana al lector. —Retrata el sueño revolucionario a través de mujeres de varias generaciones. Son luchas que parecen nacer de nuevo cada cierto tiempo. —Así es. Debemos tener claro que hemos ganado derechos que no son permanentes, sino temporales, y a veces lo olvidamos. Para mantenerlos, es preciso defenderlos transgeneracionalmente. Por ello, es vital educar a las nuevas generaciones para que aprendan a proteger su futuro y sus derechos civiles y sociales.

—¿La presencia de Amalia Rodríguez en la novela tiene algún significado personal para usted?

—Sí, es una anécdota familiar. Mi abuelo materno era portugués exiliado en México y era amigo de Amalia Rodríguez. Ella se quedaba en su casa cuando iba a México. Yo la conocí entonces, y escuchaba fados y rock and roll a la vez... (risas). Era una niña muy peculiar.

—La de Oriana Fallaci es lógica, porque fue una de las grandes testigos del siglo XX.

—Oriana fue una gran admiradora de los movimientos sociales de México y Latinoamérica. Estaba muy preocupada por lo que sucedía allí, aunque también cubría otros lugares.

Granada y la valentía

—Sobre la parte granadina del libro, ¿fue algo real o inspirado en hechos reales?

—Está basada en mi experiencia personal. Desde niña escuchaba historias sobre España y descubrí a Lorca en las clases que recibí en el Colegio Madrid en la Ciudad de México, fundado por profesores republicanos que huyeron del franquismo. Mi vínculo era intelectual, pero cuando visité Granada por primera vez a los 17 años, sentí una conexión emocional inaplicable. El año pasado pude ir finalmente a Víznar y quise hacer un homenaje a esa parte de la historia y a la gente valiente que rescata sus raíces.

—El libro es también un tratado de moda. Describe usted muy exhaustivamente los atuendos. ¿Por algo?

CONTINUIDAD

«Debemos aprender que los derechos adquiridos deben seguir siendo defendidos para mantenerlos»

EMOCIÓN

«El año pasado estuve en Víznar y he querido hacer un homenaje en la novela a quienes luchan por sus raíces»

—Lo hice porque mucha de mi audiencia es gente joven, de entre 15 y 30 años, y quería que pudieran visualizar cómo se vivía y cómo se vestía en el pasado. Quería mostrar a los 'millennials' y a la generación Z que muchas de sus modas actuales vienen de los 60 y 70. No sé nada de moda realmente, mis amigos me dicen que siempre voy con mis jeans y mi chaqueta negra de periodista, pero me interesaba darle color a la historia.

—Su protagonista tiene ojos de lince como usted. ¿En qué más se parecen?

—La verdad es que creo que en nada. Ya quisiera yo haber sido tan inteligente y estable como ella. Lo único que le puse fue la mirada de periodista, esa curiosidad profunda y el deseo de entender el presente y encontrarle sentido al caos social.

—La novela tiene una amplia banda sonora. ¿Se basa en recuerdos propios?

—Es más bien contexto histórico, aunque soy muy melómana y siempre escribo con música. Concretamente, cuando escribí esta novela escuchaba mucha música rock. Al terminarla, le pedí a mi editor hacer una playlist que ya está subida y que se va a ir enriqueciendo con propuestas de los lectores.

—Hay una frase fantástica, que dice «el murmullo de un país que se cae a pedazos». ¿Los países, las libertades, se caen hoy en silencio o en un susurro?

—Sí, aunque sintamos que la violencia desmorona la estructura, sabemos que la sociedad puede volver a construirla, y eso me mantiene con esperanza.